

627



25 cts

EDMUND GWENN

El misterio del faro

HISCOTT, Leslie

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XII APARECE LOS MARTES NÚM 627

(MARZO-NED, 1933)
EL MISTERIO DEL FARO

Emocionante asunto dramático y misterioso
interpretado por

EDMUND GWENN

PRODUCCIÓN
SUPER FILMS

Valencia, 232 BARCELONA

REPARTO

Tom Roberts	EDMOND GWENN
Marta	Viola Lyell <i>x</i>
Wilson	Wally Patch <i>x</i>

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



I

Todos los periódicos de aquel día sólo trataban de la fuga de un peligroso criminal condenado por la justicia a reclusión perpetua. Las fotografías del penado se exhibían en las calles, casas, tiendas y en todos aquellos sitios que pudiera verse la efigie del evadido, para procurar su captura.

La policía buscaba incesantemente, no dejando lugar de Londres que no fuese registrado meticulosamente; pero todo era en vano, el fugitivo no aparecía y la policía se cansó de tanto trabajar sin provecho alguno.

Pasaron algunos días y en Londres casi nadie se acordaba del peligroso criminal; pero no ocurría así en un pueblecito cercano a la capital. Las gentes comentaban el hecho de que creían haber visto a un tipo de mala catadura rondar por aquellos alrededores, aunque no comprendían lo que podía buscar, pues en el pueblo sólo habitaban algunos

marineros y la familia Roberts, guardián del faro.

Tom Roberts parecía tener unos cuarenta y cinco años, mirada franca y leal, sus únicos amores estaban cifrados en Sara, su esposa, y María, encantadora muchacha y la que les llamaba padres.

Casi todas las tardes acostumbraba a frecuentar la taberna del pueblo, donde pasaba un rato en franca camaradería con sus compañeros tirando con una flecha al blanco, y el que perdía pagaba la bebida a los vendedores.

Ahora le tocaba el turno a Tom, que preguntó:

—¿Cuántos tantos debo hacer?

—Cincuenta y dos — le respondieron.

—¡Eso es para mí lo más fácil del mundo! Bien, ahí van los cincuenta — aseguró Tom lanzando la flecha, que fué precisamente a clavarse en el número indicado. Sonrió satisfecho y luego dijo:

—Ahora el doble uno — y también la flecha se clavó en su sitio, ganando la partida. Tom, dirigiéndose a su rival en juego le dijo:

—¡Cuando juegues así, sabrás jugar!, y ahora bebamos para reconciliarnos y fumemos uno de los puros que mi hija me tiene siempre reservados. Mientras Tom bebía entró un muchacho que le dijo:

—Su hija dice que le espera en casa en seguida.

—¡Ya me están llamando!... Gracias, George — respondió Tom complacido y luego dirigiéndose a sus compañeros se despidió:

—Adiós, muchachos... Entro de guardia a media noche en el faro.

Eneendió tranquilamente su puro y salió a la calle, donde halló a Wilson, policía de aquel lugar, y que andaba preocupado por la desaparición del fugado.

—¿Qué tal la fuerza armada? — preguntó Tom, y como no obtuviera respuesta, continuó: ?Ha oído que ese fugado anda por aquí?

—Puede que sí y puede que no — respondió el policía.

—Si usted le capture le ascenderán a sargento en un periquete.

—¡Lo seré más pronto de lo que se cree! — aseguró Wilson.

—Ah, sí?... ¿Sospecha algo acaso? — inquirió Tom interesado.

—Sí, más de lo que la gente se piensa — respondió Wilson misteriosamente.

Si se apareciera en el faro lo guardaría bien. Quiero decir que me gustaría cogerlo para que usted pudiera arrestarlo. ¿Me presta sus esposas? — dijo Tom en son de broma, mientras el policía se alejaba malhumorado.

Mientras en su casa María mostraba a su madre un magnífico "auto" que su novio Norman había adquirido.

—Mira, mamá, ¿qué te parece? Hace setenta y cinco millas por hora.

—No las hará conmigo dentro — exclamó su madre.

—Giando Norman no hay peligro — dijo María, mirando a su prometido, que contestó:

—Gracias por el piropo. Monten si quieren.

—No, no... Estoy cocinando — respondió Sara, y seguidamente fué al interior de su casa seguido de su hija y de Norman.

Tan pronto cerróse la puerta de la casa apareció delante del auto un individuo con el sombrero calado hasta las orejas. Rápidamente buscó en el cajón de las herramientas y apoderóse febrilmente de una lima; entonces púsose a limar unas esposas que le impedían accionar libremente. De pronto oyó ruido a su espalda y rápidamente escondióse detrás de unas pequeños árboles.

El causante del sobresalto del desconocido era Norman, que se disponía a marchar a su casa. Vió con extrañeza que las herramientas se hallaban esparcidas por el suelo y comentó:

—¡Alguien ha andado con mis herramientas; pero no falta nada! — y sin preocupar-

se más de aquello subió en el coche, perdiéndose en las sombras de la noche que ya empezaba.

En aquel momento llegaba Tom, el cual vió a su hija que le esperaba y por todo saludo le dijo:

—Norman quiere casarse en seguida y su padre vendrá a verte uno de estos días.

—¡El hijo de ese potentado casarse con...! Vamos hija... — exclamó el padre, que no podía creer semejante cosa.

Padre e hija fueron hacia dentro de la casa donde la madre estaba preparando la ropa para Tom, que dentro de breves minutos debía marchar al faro. Tom la vió tan atareada que no pudo por menos de decirle:

—¡No te impacientes, Sara, todavía es temprano — y como su mujer contestara con un gruñido, Tom le dijo molesto:

—Parece que hoy te estorbo!

—Las despedidas me ponen nerviosa — declaró Sara.

—Pero tienes el consuelo de saber donde estoy — respondió Tom.

—Es lo único que queda a la mujer de un farero — condolióse Sara tristemente, y para variar el rumbo de la conversación, dijo a Tom: —Nuestra hija va a emparentar con una familia rica.

—Parece que no te has dado cuenta de lo que ello significa! ¡Joyerías, sirvientes, co-

ches...! ¡Y llegará a ser Lady Bristoire! ¡No se me había ocurrido antes! — exclamó Tom en el colmo del entusiasmo.

—¡Pues a mí sí! — respondió Sara.

—¡Ya sé lo que quieras decir! ¡Tú no dirás nada! ¿Quién lo va a saber? — dijo Tom mirando angustiosamente a su esposa.

Antes de seguir adelante con la narración es preciso hacer un poco de historia.

Tom Roberts y Sara no son los padres de María; ésta desde su tierna infancia quedó desamparada, puesto que su padre por reveses del azar había sido recluido para toda su vida en un penal, y Tom compadecido del infortunio de la pequeña María, de común acuerdo con su esposa decidieron prohibirla. Esto, naturalmente, era ignorado por la muchacha y he aquí el temor de Sara; pensaba que si Norman se enteraba tal vez renunciaría a casarse con María.

II

Por desgracia, aquel asunto se iba a complicar.

El misterioso individuo que por la tarde tan afanosamente pretendía librarse de las

esposas, logró su propósito y una vez tuvo las manos libres entró en casa de Tom dejando a éste y a Sara atónitos.

—Buenas noches, Tom... buenas noches, Sara — dijo el desconocido, y acto seguido desabrochóse el impermeable mostrando al matrimonio su vestido que les hizo exclamar:

—¡Es el presidiario!

—No hagan ruido! Ese maldito policía me persigue de cerca — exclamó el fugado.

Mientras hablaba, Sara le miró atentamente y en su cara reflejóse mezcla de asombro y mezcla de terror, lo cual fué observado por Tom que preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Os conocéis?

—No pensé que me reconociera... casi no nos habíamos visto — contestó el ex-presos.

Con la rapidez del relámpago pasó ante los ojos del matrimonio el recuerdo de un hombre joven, médico y casado con la hermana de Sara, de cuya unión nació María.

Tom fué el primero en reponerse y le dijo:

—¡Márchese! ¡No puede estar aquí!

—Yo quiero ir... al faro. Allí jamás me encontrarán — contestó terminante el visitante, al que llamaremos Jhon, y acercándose a Tom le dijo:

—Si logro estar unos días allí nadie me encontrará.

—¡Escuche! ¡Jamás tuve tratos con bandidos y no voy a empezar ahora! — gritó Tom.

—No grites... puede despertar — suplicó Sara temiendo que María pudiera oír la conversación.

—Lo que voy a hacer es entregarle a Wilson — dijo Tom cansado de la escena; pero Sara le atajo diciéndole:

—Yo buscaré a Wilson... Vigílale hasta que regrese, mientras despierta a Mary y dile quién es. ¡Tom, tú debes saber quién es!

—Ya veo que la señora no es tan tonta como parece — dije Jhon.

—Es posible que seamos más listos de lo que piensa. Usted pretende hacerse pasar por quien no es y además nos amenaza, pero yo le pondré en el lugar que le corresponde... ¡Llama a Wilson! — ordenó Tom.

—No lo hará antes de que tenga tiempo de hablar y decirle a Mary quien soy — amenazó Jhon.

—¡Vete, Sara! — gritó exasperado Tom.

—¿Lo has reflexionado, Tom? — preguntó Sara.

—Sí... le enviaré a la cárcel.

Entonces Jhon, dirigiéndose a Sara, le dijo:

—Si cruza esa puerta, haré tal ruido que despertaré a Mary y sabrá que han hechado a su padre a la calle como a un perro!

—¿A qué ha venido usted aquí? — preguntó Tom.

—Les extraña que después de diez años de presidio quiera ver a mi hija?

—Usted abandonó a mi hermana y debe agradecer que educamos a Mary como a una hija! — contestó Sara.

—Su sitio está en presidio y a él ha de volver! — continuó Tom impasible; pero Sara lo llevó aparte y le dijo:

—Tenemos que pensar en Mary, Tom. El sólo quiere que le ayudemos a escapar.

—Es una locura, Sara... la complicidad se paga con la cárcel. ¡Sería hechar a la calle veinte años de servicio! — contestó Tom.

—Nosotros fuimos felices, dejemos que ella lo sea ahora! — suplicó Sara.

Y al fin venció Sara. Tom fué a hablar al presidiario, pero unos golpes dados en la puerta obligaron a Jhon a esconderse, mientras Sara franqueaba la entrada a Wilson, el policía, que oyendo las voces del matrimonio decidió entrar a ver lo que ocurría.

Tom fué a su encuentro diciéndole:

—Hola, Wilson, ¿a refrescar el gaznate, eh?

—No. Venía a ver si visteis a alguien por aquí. Un hombre con un impermeable, som-



—¿Quién estuvo aquí antes?

brero flexible, de unos cincuenta años. ¿Le habéis visto acaso?

—¡No! — mintió Tom; pero quedóse mudo de terror, encima de la mesa se hallaba el sombrero de Jhon, cosa que también fué advertida por Sara, que rápidamente escondió la prenda en su espalda.

—Esta mañana le eché la vista encima; pero se me ha escapado — declaró Wilson.

Mas un nuevo contratiempo venía a au-

mentar la intranquilidad de Tom y Sara. María había oído hablar mucho rato y bajó de su habitación para inquirir las causas, y al ver al policía preguntó:

—¿El sargento busca a alguien?

—¡No, aquí no! — apresuróse a responder Tom.

—Pues con el tiempo que lleva hablando, el otro estará en América — dijo riendo Mary.

—Acabo de llegar... — respondió Wilson.

—Entonces, ¿quién estuvo antes? Yo oí que alguien hablaba con papá.

—¿Una voz de hombre, señorita? — preguntó Wilson.

—Aquí no vino nadie... debes haberlo soñado — aclaró Sara, y llevóse a Mary para evitar que la cosa se complicara.

Wilson marchó con el convencimiento de que tanto Sara como Tom sabían algo; pero decidió esperar los acontecimientos.

Por fin llegó la hora en que Tom debía partir al faro, pero era imposible llevarse a Jhon, ya que el policía no se movía de allí, y para evitar sospechas, Tom marchó solo, aunque temiendo que todo fuera descubierto. En su cabeza bullían mil pensamientos cuando la barca había llegado al faro, subió a la torre y halló ya a sus compañeros, a los que les dijo:

—Quisiera deciros una cosa... espero una

visita — y al ver la sonrisa de sus amigos, aclaró:

—No es una mujer, es un hombre... un fugitivo de la policía. Se ha fugado de la prisión.

—¿Es amigo tuyo, Tom? ¿A que viene aquí a quedarse? — preguntó uno.

—Hasta que yo pueda embarcarle; pero antes debo confesaros una cosa...

—¿Será algo que podamos saber? — preguntaron.

—Desde luego, si no lo sabéis ya. Encubrir a un fugitivo significa cárcel — dijo Tom.

Los verdaderos amigos se ayudan cuando llega la ocasión y los de Tom no podían ser una excepción, quedaron de acuerdo sin saber las causas de todo el misterio. pero antes pensaron las palabras de Tom, y uno de ellos llamado Carfax preguntó a su compañero:

—¿Qué dices, tú, a eso?

—Pienso — respondió el otro.

—¿En la ciática? — volvió a preguntar Carfax, que sabía que su amigo sólo estaba interesado con un libro que trataba de enfermedades.

—¡No! Medito lo de Tom... y es que tengo mujer e hijos.

—¡Eso cualquier idiota lo tiene!... Lo comprendo todo; pero tenemos que ayudar a Tom — afirmó Carfax.

Y sin añadir palabra, ambos decidieron firmemente proteger a Tom de todo lo que le pudiera ocurrir, aunque sabían que incurrián en falta ante la Ley, mas era preciso ocultar al fugitivo, y ellos lo harían. En tanto, en casa de Tom, las cosas no se desarrollaban como deseaba Sara; el policía estaba en la convicción de que el fugitivo se hallaba escondido, precisamente en aquella casa, mas no tenía pruebas de que ello fuera cierta y estaba obligado a esperar los acontecimientos. Wilson armóse de paciencia y empezó a pasearse por la puerta, esperando que de un momento a otro saldría Sara con el evadido; pero no contaba con que ésta le estaba espiando por la ventana.

En efecto, Sara, impaciente veía como Wilson, no se marchaba y ella tenía que sacar a Jhon de la casa y llevarlo hasta el faro, y si el policía no se retiraba era imposible intentar la salida; entonces recurrió a la audacia; apagó las luces de la planta baja y retiróse a su habitación. Esto dió el resultado apetecido, ya que Wilson, decidióse a abandonar su puesto de observación, marchándose a otros lugares.

Cuando Sara se cercioró de que nadie po-

día verla, púsose un impermeable y un sombrero, bajo de la habitación y sacando a Jhon del sitio que se hallaba oculto aventróse tras muchas precauciones, a llevar al presidiario al faro.

III

La niebla intensa ayudó el plan de Sara, cuando Wilson retiróse de la casa, aquélla y Jhon tomaron una lancha y protegidos por la obscuridad llegaron hasta el faro, donde quedó Jhon; pero al regreso fué sorprendida por Wilson, que paseaba por el muelle la vió y acercándose le dijo:

—Buen tiempo para pasear.

—¡Mejor sería que se ocupara de sus asuntos! — exclamó Sara cansada de tanta vigilancia.

—¡Vaya una vista de águila! — burlóse un carabinero que presenciaba la escena.

—Si supieras lo que yo sé, pensarías dife-

rente — contestó Wilson mientras dejaba en libertad a Sara.

Llegó el nuevo día y con el sol, parecióle a Sara que también se había disipado su malestar, incluso se sentía alegre y por la tarde fué a pasear con Mary y Norman a la feria que se había instalado en el pueblo.

—Mamá, Norman ya tiene su nueva lancha, es muy veloz e iremos al faro — dijo Mary.

—¡No harás eso! — exclamó Sara alarmada—. ¡Te lo prohíbo!... es peligroso.

Mary quedó disgustada; pero si hubiera sabido lo que le iba a ocurrir, de grado prefería no ir al faro.

Wilson también estaba en la feria buscando a un marino llamado Maine para que le llevara al faro; tenía la certeza de que allí hallaría lo que con tanto afán buscaba; por fin divisó al marino y fué a su encuentro diciéndole:

—Quiero que me lleve al faro. Deseo ver un amigo allí.

—Tengo el bote en reparación. Se me estropeó el motor — manifestó Maille, pero luego añadió: —Norman Bristowe tiene una nueva lancha, ¿por qué no se la pide a él?

—Gracias, intentaré que me lleve — contestó Wilson, y rápidamente fué en busca de Norman, al que encontró al cabo de breves instantes, he hizo su presentación:



Norman pretendía animarla.

—Soy el sargento Wilson... creo que tiene usted una lancha. Le agradecería me llevara hasta el faro. Es urgente.

—Pero... ¿sabría usted guiar? — preguntó Norman.

—No, no sabe. El no es piloto... ¿Para qué quiere ir allá? — dijo Sara que había quedado pálida.

—Tengo que ventilar un asunto con... un amigo — respondió el policía con ironía.

—¿Qué te pasa, mamá? ¡No quieres que nadie vaya allá! —dijo María extrañada de la negativa de su madre.

—Es peligroso... Además, a él no le gustan visitas —excusóse Sara.

—No se preocupe tanto... iremos allá —afirmó Wilson.

Instantes después Tom pudo ver como una lancha se dirigía velozmente hacia el faro. Tuvo el presentimiento de que Wilson iba a registrar el faro y no se equivocó; fué al encuentro de los recién llegados y Mary, al ver el gesto de desagrado de su padre, dijo:

—Wilson se empeñó en venir. ¿Estás enfadado?

—Ya te dije que no le gustaría —respondió Sara, y en voz baja añadió a Tom:

—Wilson sospecha algo, no pude detenerle.

En aquel momento, el policía acababa de subir y Tom, para evitar sospechas, díjole:

—Bonito lugar para un policía. ¿Le interesa el faro? ¿Quiere cambiar de profesión?

—No, sólo venía a dar un vistazo —respondió Wilson—. Sospecho que aquí se oculta el fugado que busco, acaso esté loco, pero quiero averiguarlo.

—Si tiene esta idea, mejor será que se la quite usted mismo —respondió Tom, y luego continuó:

—Sospecho que va a hacer el ridículo de-

lante de sus jefes. Entre y que no se le escape nada.

La torre del faro fué registrada concienzudamente y sin embargo, nada había podido hallar Wilson; no obstante, quedaba por ver el interior pero también con gran desesperación por parte del policía, nada había que llamara su atención y cuando estuvo listo, Tom dijo:

—¿Cree que alguien puede entrar aquí sin mi conocimiento?

—¡Nunca lo he pensado! —respondió Wilson de mal talante.

—Entonces, ¿está satisfecho, ya? —preguntó Tom.

—En principio sí, pero ya estoy harto de dar vueltas —manifestó Wilson.

—Le haré dar otra vuelta —dijo Tom, deseoso de que el policía quedara convencido de que en el faro no se ocultaba nadie.

—Tengo ya bastante! —exclamó Wilson.

—¡Bien pudiera estar escondido debajo la linterna! —volvió a insistir Tom, riéndose.

Wilson, se lo miró atentamente y respondió:

—Todo es posible para un criminal... Echemos otro vistazo.

Cuando ya iban a recorrer de nuevo el faro, apareció Sara que preguntó:

—¿Todavía otro vistazo?

—Hay que hacer bien las cosas... Ustedes son muy tunos.

—¡Me sorprende su sabiduría! — exclamó Sara, riendo también y luego añadió —. Lástima que no la emplee en tierra.

De nuevo volvieron a andar todo el faro, y si la primera revisión fué hecha a conciencia, no menos lo fué la segunda.

Wilson se paraba en todos los detalles, aunque nada podía sacar en claro, pues las pronunciadas y categóricas respuestas de Tom, le quitaban por un momento sus dudas.

No obstante creía ver en todo ello una pura farsa, ya que las palabras que momentos antes le había dicho María, la habían extrañado algo; pero por otra parte, parecía increíble que aquella gente fuera culpable y pudiera disimular tan bien.

En su vida policiaca había tratado con muchos maleantes y encubridores, mas con ninguno que llevara su delito tan bien oculto como Tom y Sara. Cada vez que Tom hablaba, él se fijaba en sus palabras, en sus gestos y, sin embargo, nada hablaba que pudiera ponerle sobre aviso.

Andando y hablando, llegaron ante una puerta cerrada herméticamente, y Wilson dirigió una mirada interrogante a Tom que le dijo:

—¡Nada se escapa a su mirada de águila!... Ahí no hay nada.

Y como viera que Wilson movía la cabeza en señal de duda prosiguió:

—Seguro... nada.

—Quisiera verlo — manifestó el policía.

—¿Por qué? No hay necesidad, respondió Tom.

—¿Cómo, no?... Yo quiero entrar.

—Bueno, si se empeña... pero ¡cuidado donde ponga el pie! — recomendó Tom, mientras alargaba la llave a Wilson, para que abriera.

Este, ni corto ni perezoso abrió la puerta y precipitóse en la que él creía estancia, mas rápidamente hechóse hacia dentro.

Aquella puerta daba al mar, y ante sus pies, las olas gigantescas chocaban contra el faro con tal fuerza que lo hacían estremecer.

Tom miraba socarronamente al visitante, y preguntóle:

—¿Le ha visto?

Wilson, miró airadamente al farero y prosiguió su inspección; decididamente allí no encontraría nada. Paulatinamente se alejaba de su mente la idea de que Tom fuera encubridor del presidiario y esto acabó de creerlo cuando oyó que le decía:

—Pero todavía falta algo por mirar. Los

tanques de petróleo, venga se los enseñaré por si acaso.

Tom abrió la puerta y Wilson pudo ver una sala llena de depósitos de petróleo; nadie había tampoco... y, sin embargo, el evadido se hallaba escondido detrás de uno de los tanques.

Ya estaban dispuestos para partir cuando uno de los observadores del faro presentóse a Tom diciendo:

—Perdonen que les haya molestado; la lancha en que venían ustedes se ha hundido. Creí que la vigilaban, oí un golpe y sólo he visto astillas flotando.

—Y yo entro de servicio a las seis — dijo Wilson.

—Bien, pondremos señal para que envíen otra lancha — dijo Tom, pero Sara respondió:

—Antes de que lleguen habrá bajado la marea.

—¿Tendremos que dormir aquí? — preguntó Wilson.

—Nadie le impedirá que se vaya nadando — le respondió Tom.

En esta conversación estaban cuando a sus oídos llegó un ruido inmenso. Tom y Sara ya sabían lo que era, pero no así los demás, que se miraron asustados. Un fuerte temporal levantaba unas olas que cubrían casi por completo el faro, siendo inútil la es-

peranza de que llegara una lancha, pues era materialmente imposible acercarse a aquel punto sin peligro de perecer.

Wilson se hallaba preocupadísimo y preguntó:

—¿No cambiará la tormenta?

—No pensemos en ello — respondió Tom.

Llegó la hora de la cena y no podía llevarse comida a Jhon sin despertar las sospechas del policía. Tom, con la mayor naturalidad dijo a uno de sus compañeros:

—Dile a Carfax que aliméntate del canario.

Levantóse el ordenado y fué a coger comida para llevarla a Jhon, pero lo impidió Wilson, que levantándose preguntó:

—¿Qué va a hacer con esa comida? No permitiré que la tire — y se puso a comer lo que destinaban para el fugitivo.

Sara preguntó algo molesta por el proceder de Wilson:

—¿No ha comido usted ya?

—Volveré a comer... a menos que la reserve para alguien — respondió el policía.

—Cuidado con las fiebres del faro, Wilson! — recomendó Tom.

—Dos hombres se han muerto de ellas... Uno de ellos se degolló — comentó el llamado Carfax.

—Primero empiezan comiendo mucho y luego se degüellan — declaró Tom.

Pero por lo visto Wilson no tenía inten-



Su inmovilidad me asusta.

ción de dejar ni los huesos, a pesar de no haber descubierto indicios del preso, algo interior le decía que se burlaban de él y costase lo que costase estaba decidido a salir de dudas. Levantóse de su asiento y disimuladamente subió a la torre del faro, luego volvió a bajar y encaminóse a la puerta de los tanques de petróleo, miró por la cerradura... y vió una luz; rápidamente fué al encuentro de Tom diciéndole:

—¡En su lugar, yo vigilaría esos tanques, Tom!

—¿Qué ha descubierto el genio? — preguntó con sorna Tom.

—Oí ruido abajo y quise dar una mano a Jacob.

—Claro... ¿qué hacía Jacob?

—Se cerró por dentro y no pude verle. Sería bueno que bajáramos a ver lo que pasa — dijo Wilson.

—¡Yo no volveré a bajar! — respondió Tom.

—Bajaré yo — insistió Wilson.

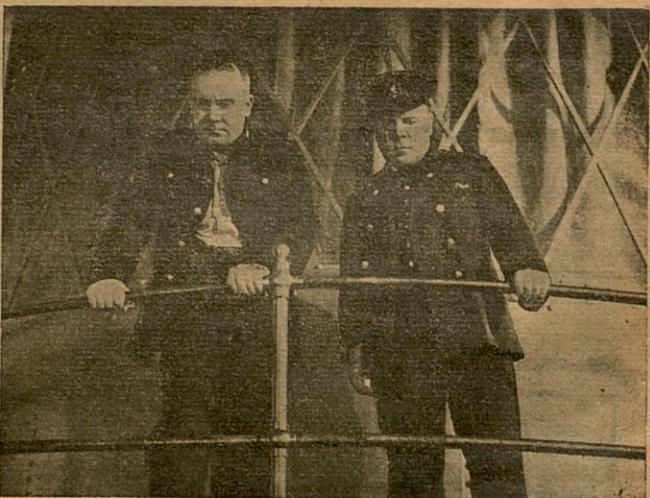
—¡He dicho que no baja nadie y yo soy el jefe aquí! — ordenó Tom.

—Usted será el jefe aquí, pero ocurrir algo extraño y he de averiguarlo — respondió Wilson, el cual se disponía a ejecutar lo que había dicho, cuando un grito de angustia llegó a los oídos de él y de Tom.

Con la rapidez que el caso requería, Tom, Sara y los dos compañeros del matrimonio subieron a la torre y hallaron a Mary desvanecida, mientras que Norman pretendía reanimarla. Un violento golpe de mar había lanzado contra el suelo a la joven y el golpe la había hecho desmayar.

A pesar de todo lo que le hicieron no era posible reanimar a Mary y Sara, asustada, dijo:

—¡Su inmovilidad me asusta!



Wilson se paraba en todos los detalles.

—No perdamos la cabeza — respondió Tom.

—¡Sería terrible que le sucediera algo! Aunque no es hija mía, la quiero como algo propio — lamentóse Sara.

—Trae a Jhon; él es médico — insistió Sara.

—No puedo sacarlo de allí con Wilson al lado — respondió Tom.

—Olvida a Wilson! ¡Piensa en ella! ¡No

importan las consecuencias! — siguió diciendo Sara.

Tom por fin venció el miedo que tenía y fué a buscar a Jhon; pero hallóse con Wilson, que golpeaba la puerta del cuarto de los tanques diciendo:

—¡Salga de ahí! ¡Es inútil esconderse!

—¡Bonito momento de escandalizar! ¡Le rompería la cabeza! — le apostrofó Tom.

—Les detengo a usted y a su esposa. ¡Ya me han tomado el pelo bastante! — respondió Wilson.

—¡Sepárese de esta puerta! — ordenó Tom y como viera que el policía no le hacía caso, de un certero puñetazo en la barbillia le hizo rodar por el suelo. Luego abrió la puerta y llamando a Jhon le dijo:

—¡Suba! le necesitamos arriba.

Llegados a la sala donde Mary todavía no había recobrado los sentidos, Tom dijo a Carfax:

—Baja y vigila a Wilson, ¡y que no suba! — y luego dirigiéndose a Jhon le mandó:

—¡Haga algo, no pierda el tiempo!

—Si supiera lo haría — contestó Jhon.

—¿Qué está diciendo? ¡Algo debe saber!

— gritó Tom.

—¡Les digo que no sé! — insistió el presidiario y continuó:

—Es que yo no soy médico, ni nunca lo he sido.

—Pues su padre lo era — dijo Sara.

—Su padre murió. Eramos compañeros y yo lo suplanté — declaró por fin el falso Jhon.

Tom no pudo contenerse y se abalanzó sobre el miserable para darle su merecido, pero en aquel momento entró corriendo Carfax:

—Wilson sube!

Efectivamente, Wilson había vuelto en sí, y rápido subió, donde se hallaba Tom y Sara, contemplando a María desvanecida a consecuencia del golpe sufrido.

Jhon escondiése justamente en el momento que llegaba el policía, exclamando:

—¡Abra la puerta, pronto!

—Mire lo que hace, Mary está desmayada — suplicó Sara.

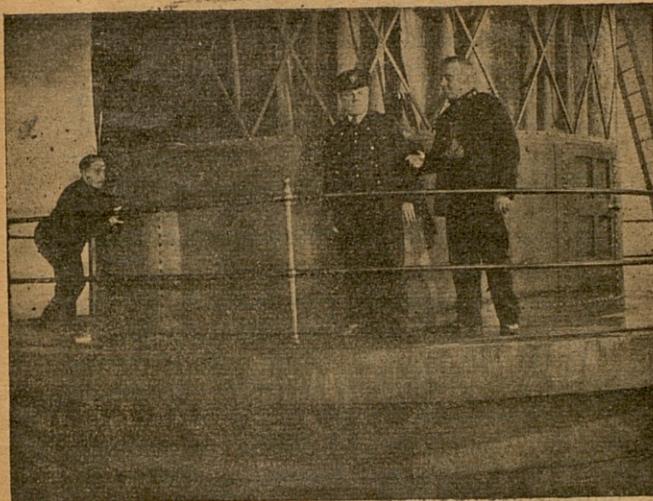
—Lo siento, pero he sido burlado y no he de tolerarlo — respondió bruscamente Wilson.

Tom miró a Sara apenado y le dijo:

—No suplique... El uniforme le ha hecho olvidar que es hombre.

—¡Díganme dónde se esconde el preso y les dejaré tranquilos!

—¡Pero si no hay nadie! — se obtinaba en negar, Tom,



Wilson fué tras él.

—Bien, ¡primero le cojeré y después les esposaré a todos juntos!

Y sin atender a más razones, Wilson decidióse a capturar a Jhon.

No le importaba el desmayo de Mary, ni las súplicas de Tom y de Sara; estaba dispuesto a terminar aquel asunto de una vez y sin esperar el consentimiento de nadie, registró de nuevo todas las habitaciones, luego volvió a subir donde Tom luchaba para de-

volver el conocimiento a Mary, ya que Jhon era incapaz de hacer nada por ella.

El miedo que sentía era mayor que el dolor de aquella atribulada familia; él sólo pensaba en salvarse del policía y esto ya le parecía difícil; no tenía escapatoria; sólo un milagro podía salvarle, y un hombre como él no creía en nada.

Al cabo de unos instantes oyó cómo Wilson subía las escaleras, y entonces no tuvo ya más pensamiento que huir como pudiera.

El presidiario escaló de un salto la puerta de la torre del faro con ánimo de librarse de la justicia; pero ya era tarde. Wilson fué tras él y cuando creía el policía que ya tenía al fugitivo, éste cayó al mar, quedando sepultado con él el secreto que con tanta valentía habían guardado Tom y Sara.

La tormenta había cesado y Mary recobró el conocimiento; mientras Wilson, decepcionado marchaba en la lancha que habían mandado, Tom y Sara sentían la satisfacción de haber obrado bien en provecho de la que consideraban como a una hija y que ya podía casarse sin temor a que le hecharan en cara el pecado de su padre.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

A PUESTO A LA VENTA

≡ Alas ≡ sobre el Chaco

Emocionante novela de aviación y guerra aérea
llena de dramático interés en la que el joven
más irreflexivo y alocado, poseido de la
inconsciencia de quien arriesga continua-
mente la vida con supremo des-
precio, da muestras, al exigirlo
así las circunstancias de inmen-
sa abnegación, restituyendo
la fe al querido amigo que
duda de su esposa.
Creación de

LUPITA TOVAR

UNA PESETA

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanagues

Mickey Mouse
Los tres cerditos
Bimbo - Betty Boop
Juanito Milhombres
El gato Félix
Shirley Temple
Charlot
S. Laurel - H. Hardy
Tarzán



Cuentos infantiles

Nochebuena
Los Reyes Magos
Pitusa en el País de Jauja

Carnaval Infantil
Noche de Brujas (Betty Boop)
Milhombres cow-boy
La Cenicienta (Betty Boop)
Aladino o la lámpara
maravillosa

Fábulas

El león y el ratón
La cigarra y la hormiga

30 céntimos
ejemplar



PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA en
Ediciones Biblioteca Films 1'00 pta. el tomo

GLORIA DE UN DIA
LA NOVIA DE FRAN-
KENSTEIN
EL REY SOLDADO
ESTRICTAMENTE CONFI-
DENCIAL
OJOS NEGROS
LA ALEGRE DIVORCIA-
DA
UNA NOCHE DE AMOR
LA VIUDA ALEGRE
EL CABALLERO DEL FO-
LIES
EL IMPERIO DEL CRI-
MEN
CORAZONES ROTOS
LA TELA DE ARAÑA
LA DIOSA DEL FUEGO

PASAPORTE A LA FAMA
EL LOBO HUMANO
ROBERTA
NOCHE NUPCIAL
LOS ULTIMOS DIAS DE
POMPEYA
HORROR EN EL CUARTO
NEGRO

Producciones nacionales
y filmadas en español
20.000 Duros
RUMBO AL CAIRO
EL MALVADO CARABEL
EL OCTAVO MANDA-
MIENTO
PODEROSO CABALLERO
ALAS SOBRE EL CHACO
EL DIA QUE ME QUIERAS

Selección Films de Amor

50 cts. tomo

CAUTIVO DEL DESEO
ROSAS DEL SUR
EN MALA COMPAÑIA
DRACULA
EL HOMBRE QUE VOL-
VIO POR SU CABEZA
SANTA JUANA DE ARCO
CASTA DIVA

LOS MISTERIOS DE PA-
RIS
EL HOMBRE DE LOS
BRILLANTES
EL CUARTO NUM. 309
AVVENTURA ORIENTAL
EL NIDO DESHECHO
EL ACORAZADO MISTE-
RIOSO

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del im-
porte en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.